

La fórmula del desastre

Cuando los que mandan no quieren pagar.

Por: Edgar Gutiérrez

Quien paga manda. Pero, ¿cuando los que mandan no quieren pagar? Entonces no hay Estado que aguante. Y sin Estado, ¿quién hace que se cumplan las normas generales con cierta equidad? ¿Quién garantiza las reglas y establece el orden?

¿Quién procura los bienes públicos que el mercado no hará, simplemente porque no le tiene cuenta? La consecuencia de no pagar está a la vista. La vida se degrada en todo sentido. Se impone una ley no escrita de expoliación: despojos violentos. Inequidad.

Nadie se responsabiliza. Todos compiten por sus intereses inmediatos. Medio mundo trabaja sólo con el azadón. Jalen hacia dentro. Nada para fuera. Eso sí, siempre hay motivos para quejarse.

Vamos hacia un suicidio colectivo sacrificando al Estado y sacándole hasta la última gota a lo que se pone enfrente.

Porque aquí siempre hay formas de hacer negocios. Suicidio colectivo significa perder la autoridad legítima y ser gobernados, en serio, por las mafias de todos los signos y vertientes.

La anarquía está por instalarse en definitiva, porque si los que tienen la plata legítima no pagan para tener un Estado más o menos decente, pierden entonces toda legitimidad, es decir, pierden el respeto de todos. De los de abajo –que sin remedio pagan– y de quienes acumulan riqueza en los mercados ilícitos, pues entre unos que se dicen legítimos y otros que se asumen ilícitos, se borran las diferencias.

La pregunta inicial (¿qué pasa cuando los que mandan no quieren pagar?) encuentra, más temprano o más tarde, una respuesta entera: ellos no tienen derecho de mandar. Se pierde la base de toda gobernabilidad. Así, cada quien paga lo que quiere a cambio: aquí un juez, allá un policía, acullá una campaña electoral, una ley, un contrato, un negocio.

Esa es la fórmula del desastre que hemos venido abonando en los últimos 25 años. La abonamos y nos quejamos. Nos quejamos y la abonamos. Los hilos que sostienen esto se siguen rompiendo. Insensatamente seguimos abonando el desastre. Pero aquí nadie se responsabiliza, pues todos los demás tienen la culpa.